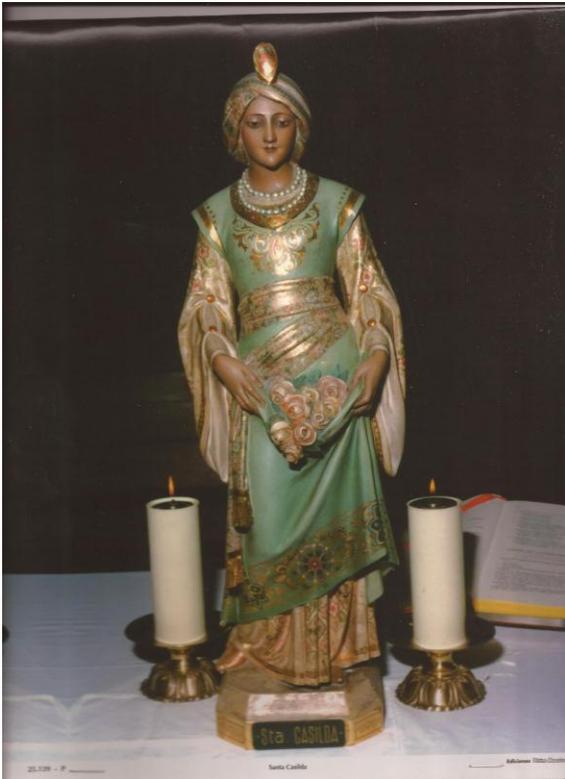


SANTA CASILDA



Alborea del siglo XI, Castilla y el Al-Andalus están frente a frente. Representan a dos razas, dos religiones, dos tipos de Cultura y de vida. La guerra no es permanente, se toleran a veces, pero no se comprenden, porque entre la Cruz y la Media Luna no hay componenda posible.

Año 1037. Castilla comienza al ser oficialmente reino con la coronación de Fernando I el Magno.

Año 1043. Comienza a reinar en Toledo Abu-I-Hasah Yahia al-Mamún ibn Ismail, más conocido como al-Mamún. Este rey hizo de Toledo uno de los principales Centros Culturales del Al-Andalus. Se dice que el fausto de Bagdad, los delirios fantásticos de las “Mil y una noches”, quedaban eclipsados por la riqueza, el refinamiento y la grandiosidad de que hacía gala la corte de Toledo. El alcázar real de al-Mamún, símbolo entre los árabes de lujo y de elegancia, fue conocido por el nombre de los “palacios de Galiana”. Al-Mamún tuvo una hija, se llamaba Casilda. Casilda quiere decir, en árabe, poesía. Un nombre muy a tono con la Corte deslumbrante en que nació.

Todo cuanto se puede saber acerca de la niñez y juventud de Casilda se reduce a pocas y no muy fidedignas tradiciones. Algunos biógrafos fechan su nacimiento en el año 1007, otros en el 1025 y no faltan quienes proponen alguno de los años próximos al comienzo del reinado de su padre.

¿Quién sería su madre?

En el ambiente social del Islamismo la mujer tiene un papel secundario. Pocas han logrado pasar a la historia. Tampoco su madre. El Korán permitía cuatro mujeres legítimas. Esclavas y concubinas sin tasa. Constituían el harén, lujo de potentados y, por lo mismo, también del fastuoso rey toledano. En el harén vivían, constituyendo un mundo aparte, en semiclausura, mujeres y niños bajo la autoridad del qaharaman o mayordomo. Rara vez se les era permitido salir a la calle, apenas si existían para la vida pública.

El ambiente era propicio para el desarrollo de pequeñas y grandes rencillas, ambiciones, envidias, practicas mágicas, sueños de joyas y perfumes, celos mal reprimidos por los favores del monarca o por el trato desigual de los hijos.

Casilda vivió en este ambiente. Sin embargo el Dios que Casilda desconocía iba poniendo secretamente con su gracia una cerca muy tupida, para que permaneciera impoluta, sin salpicaduras del lodazal, aquella azucena empezaba a abrirse como un milagro viviente.

Es de suponer que entre mimos y halagos, hacia los cinco años comenzó Casilda, como era costumbre, la tarea de aprender el Korán de memoria y sobre él a leer y escribir.

Algunos biógrafos sospechan que la madre de Casilda era una cristiana. El derecho musulmán permitía tomar una mujer cristiana. Sabemos cuanto anhelaban los moros españoles en algunas épocas los matrimonios con cristianas. La afición a mujeres de otra raza era uno de tantos lujos que se permitían los poderosos de aquel tiempo. En el santuario de santa Casilda se conserva –como preciada reliquia– su cabellera; el color rubio dorado del cabello fuerte y largo sugiere también una madre norteña de sangre suave. Si la madre de Casilda fue cristiana tendríamos el hilo conductor para llegar hasta el comportamiento

de Casilda. Cuando niña, oiría en secreto sobre las rodillas de su madre, relatos de otras tierras y otras vivencias, que sembraron en su alma la necesidad de buscar nuevos caminos.

Al-Mamún tenía en las mazmorras de su alcázar cautivos cristianos. No serían muchos, porque habían pasado ya los tiempos de algaradas por tierras castellanas, la mayoría serían fruto de compra en el mercado de esclavos o mozárabes tolerados condenados por delitos contra el Islam. En un palacio como aquél eran necesarios para molar el trigo, elevar el agua y realizar otras muchas faenas sin las que se hubiera paralizado la vida de la corte. La alimentación era escasa y mala. No extraña que estos seres humanos vistos siempre como enemigos de religión y de raza pudieran ser objeto de compasión para un corazón misericordioso.

Una venerable tradición nos muestra a la joven Casilda visitando a los presos y mitigando su dolor con su limosna. Estas visitas a los cautivos se hicieron cada vez más frecuentes, prolongándose escandalosamente la conversación con ellos. El qaharaman, conocería los hechos y se sintió en la obligación de informar a al-Mamún.

Con pretexto de coger flores en el jardín hacía Casilda aquellas escapadas para hablar con los cristianos. Puede que alguno acertara a satisfacer las consultas que formulaba la princesa sobre la religión cristiana. Los cautivos le hablarían de la grandeza de Dios y de la confianza ilimitada en la generosidad de su misericordia.

Un día al-Mamún decidió espiar sus andanzas Y la abordó en el momento que llevaba la consabida limosna de pan, a cambio de la cual recibiría la otra mas preciada del alimento para su alma.

- ¿Qué escondes en el regazo?

Es de suponer el temblor de la joven princesa ante esta pregunta, pero Dios la fortalece por dentro y le dicta lo que ha de responder.

- Llevo rosas.

No mentía. Cuando introdujo su mano para cerciorarse, el pan de Casilda era un fresco ramillete. La omnipotencia de Dios había realizado el milagro.

Casilda está enferma. Los médicos buscan en vano remedios para el flujo de sangre que padece la princesa. Son ineficaces las complicadas recetas de los médicos árabes, sólo se podía pensar en un auxilio sobrenatural. Los cautivos advierten como se ajaba la belleza de su dulce carcelera, y uno de ellos, burgalés sin duda, le sugiere un raro remedio: bañarse en los lagos norteños próximos al monasterio de San Vicente en tierras de La Bureba.

Al-Mamún oye de labios de su hija el relato de un sueño singular: una noche oí una voz muy suave que me predijo la salud del alma y del cuerpo a condición de que vaya a los lagos de San Vicente de Buezo. Padre, si me amas y deseas que me cure dame tu asentimiento. Al-Mamún estaba ya tristemente convencido de que la enfermedad de su hija era incurable. Hay un resquicio a la esperanza. Después de consultar a sus consejeros da su consentimiento. Hay paz con Castilla. Por aquel entonces es vasallo de Fernando I y está obligado a pagarle tributos. Se cruzan cartas entre ellos y el viaje queda ultimado.

Cuando Casilda llegó a los lagos de San Vicente se lavó en ellos y sanó.

Después fue bautizada, según la tradición, en Burgos, con el padrinazgo de los reyes de Castilla. Seguidamente, se le administraría la confirmación y, por ser adulta, recibiría por primera vez la Comunión.

Muy cerca del pobre monasterio de San Vicente comenzó Casilda su nueva vida. Se dice que no hay rincón más escondido, austero y grandioso en toda Castilla. La montaña arisca, pelada, oculta celosamente al valle insospechado, sin dejar otro resquicio abierto al mundo que el cielo, purismo en aquellas alturas, y una cortada

apocalíptica para desagüe del riachuelo. Allí, en una de las cuevas existentes pudo vivir oculta Casilda.

Vivir en cuevas, buscar la penitencia y la soledad en contacto con la verdad desnuda de la naturaleza era, en el siglo XI, práctica frecuente en Castilla. Por eso no llamaría exageradamente la atención el gesto de Casilda y esto la ayudó a lograr el anonimato. Sin embargo, no está totalmente aislada, como otros solitarios cristianos, recibe los sacramentos y la dirección espiritual necesaria. La cueva en que ora y se mortifica viene a ser una avanzadilla del monasterio más próximo. El género de vida que adopta Casilda era, en aquellos tiempos, una forma canónica intermedia entre la monacal y la seglar. Quedaba agregada a las llamadas “vírgenes seculares”, solemnemente consagradas a Dios por el voto de castidad. Se las distinguía por su traje pobre y sencillo, y el pueblo las respetaba profundamente.

Podemos imaginar como sería el día a día de Casilda en aquella cueva: el nuevo palacio de la princesa.

Antes que raye el alba se oye el canto del gallo allá abajo en el monasterio. Es el reloj de los monjes: grita la hora de comenzar el día con la alabanza a Dios. Ya de día baja al monasterio para oír la Misa. Lleva consigo un poco de pan que le dieron de limosna; el sacerdote lo consagrará y ella comulgará con su humilde ofrenda transustanciada.

De limosna vive. La que le dan en los pueblecitos cercanos por amor a Dios; cuando esta falta, han de adivinarlo en el monasterio para socorrer su necesidad. Pasa la mayoría de las horas en oración. La soledad es como un bálsamo cuando se busca en ella el sedante momentáneo para la fatiga causada por los trajines de la vida. Pero esa soledad es agotadora, si se adopta como forma de vida para las lides del espíritu. El tedio, la duda, el desaliento en la sequedad, son tentaciones en las que se prueban los quilates de la fortaleza. Cuantas lágrimas mezcladas con amor y dolor son necesarias para conquistar el equilibrio. Seguro que Casilda encontró en una ocasión el apoyo en algo que nunca falta a los

santos: el apostolado entre los vecinos de las pequeñas aldeas próximas. Por la noche su cuerpo rendido por los ayunos y disciplinas, y acuchillado por el frío, cede al descanso breve, balbuceando alguna íntima oración.

¿Cuántos años vivió Casilda? No se sabe. Un género de vida como aquél con un clima tan duro, mina las fuerzas en pocos años. Algunas referencias parecen indicar que no sobrevivió mucho tiempo a Santo Domingo de Silos, cuyo tránsito acaeció a finales del año 1073. Esta falta de información confirma el anonimato en que vivió Casilda. Las gentes del lugar no sospecharon nunca que aquella pobre ermitaña era nada menos que la hija del rey moro de Toledo. De haberlo sabido los cronistas hubieran señalado al menos la fecha de su muerte.

Comienzos de un mes de abril, la encontraron de rodillas. Había entrado en el éxtasis que no tendría fin. El alma se fue y el cuerpo como solía: de rodillas. Se diría que estaba viva. Como la rosa, que no muere al exhalar su aroma.

Donde había vivido la sepultaron. Ya tenía patrona las tierras de Bureba. La canonizó el pueblo que la había visto vivir y que experimentó en seguida el poderoso valimiento de su intercesión. Pasó mucho tiempo hasta que en el siglo XV, el obispo de Burgos la reconociera como uno de los santos “cuyos cuerpos son de este obispado”.

Una pobre virgen secular no tenía la categoría social ni el apoyo de los monasterios con el que contaron otros santos abades de la época. Pero una cosa es el culto oficial y público y otra la devoción que siempre le dedicó el pueblo con el beneplácito de Dios. La razón hay que buscarla no sólo en el hecho de haber vivido allí la Santa sino también, y sobre todo, en los milagros que se obran por su intersección. Quienes como ella acudieran a lavarse en los lagos poniéndola por intercesora, eran librados del flujo de sangre. Curaciones de ésta y otra índole y favores a los que caían al abismo desde las alturas de la ermita estaban a la orden del día. Su capilla era pobre, también sus devotos,

encorvados sobre tierras de austeridad y esquilmados a fuerza de tributos. Pero nunca faltaron sobre su tumba flores campestres o cirios de gratitud.

Hasta bien entrado el siglo XVI, el cuerpo de Santa Casilda descansaba en el monasterio de San Vicente de Buezo, humilde templo superpuesto en parte a la cueva en que vivió la Santa y en cuyo suelo fue sepultada. El Cabildo de Burgos cuidó del culto y abordó en diversas ocasiones obras de restauración. En 1601, previa autorización de papa Clemente VIII se trasladó "parte del cuerpo de Santa Casilda" a la Catedral de Burgos. En 1642 estas reliquias se compartieron con el Cabildo de Toledo. La princesa mora volvía como Santa a Toledo.

(Extracto del libro: Santa Casilda. Autor: Nicolás López Martínez. Ediciones Aldecoa.)